

LA BIBLIA NO ES PALABRA DE DIOS. LENAERS

Capítulo 11 del libro *Aunque no haya un dios ahí arriba*

¿Por qué siempre la Biblia?

El título de este capítulo acusa una cierta molestia, sin duda la que siente la modernidad no creyente frente a este libro. Es verdad que también un creyente puede sentirse molesto cuando un domingo por la mañana lo sorprende la visita de dos testigos de Jehová que pretenden convertirlo a la verdadera fe a punta de textos bíblicos. Pero el no creyente moderno se siente siempre molesto cuando oye cómo se habla de la Biblia en la Iglesia.

Él puede apreciar la Biblia como un documento histórico de gran valor, sin rival en los récords *Guinness* en cuanto a número de ediciones y de lenguas a las que ha sido traducido. Además, este libro ha sido fundamental sin duda alguna para la cultura occidental, la cual a su vez ha marcado en forma decisiva al mundo moderno. Pero fueron los creyentes quienes adjudicaron a la Biblia la importancia que tuvo, por estar persuadidos de que contenía la palabra del Dios vivo, y que por eso era santa e intocable, como depósito de la verdad divina, orientación de la acción humana y respuesta a todas las preguntas importantes de la vida.

Esta persuasión se apoya lamentablemente en una ilusión –dice la modernidad–. El pensamiento moderno se ha dado cuenta del carácter ilusorio de un mundo superior al terrenal desde el cual estos libros habrían caído, como una lluvia. Es la razón por la que molesta bastante la veneración con que se rodea a la Biblia y el mucho trajín en torno a ella. Esta veneración es del mismo tipo que la que los musulmanes le tributan al Corán. También este libro contiene las mismísimas palabras de Alá, igualmente sacrosantas e intocables, y ¡ay de quien lo profane! En mandatos como el de azotar o lapidar a una adúltera, se ve a qué desmesuras inhumanas puede conducir tal manera de pensar. Pues esa forma tan cruel de ejecución aparece como la voluntad expresa de Alá –que es por lo demás también la expresa voluntad de Yahvé en la Biblia–. Y la protesta humana contra tales decisiones divinas no tiene el más mínimo peso.

La jerarquía de la Iglesia católica concuerda naturalmente con el pensamiento moderno en que el autor del Corán es Mahoma, y no Alá ni el ángel Gabriel. Pero con la misma naturalidad está completamente en desacuerdo con esta manera de pensar, si se la quiere aplicar a la autoridad divina de la Biblia. El carácter divino y la absoluta confiabilidad e importancia de las palabras bíblicas quedan para la jerarquía completamente fuera de dudas. Se esfuerza en consecuencia en inculcar a los creyentes esta manera de ver las cosas. Así al menos actúa en la actualidad. Porque en otro tiempo, Roma recomendaba que, en lugar de ocuparse de la Biblia, los fieles cultivaran otras formas de piedad, como el rosario, el culto del Corazón de Jesús, el mes de María, las Cuarenta Horas, las cruzadas de penitencia, la veneración de santos, o procesiones, peregrinaciones y vía crucis. Con el mismo celo, recomienda ahora la lectura personal de la Biblia, la participación en círculos y talleres bíblicos, la visita a conferencias y cursos, la lectura de introducciones a los libros bíblicos. Todo ello ha despertado un gran interés, que explica los éxitos de librería y de siempre nuevas traducciones, como también la variedad de biblias infantiles, juveniles, de bolsillo o ilustradas, así como revistas y comentarios bíblicos.

Para que los fieles se familiaricen con la palabra de Dios, Roma prescribe que haya no dos sino tres lecturas bíblicas en las misas dominicales (lo que casi nunca sucede) y prohíbe reemplazar las lecturas bíblicas por otras no bíblicas (lo que sucede a veces). Y estima que el tenor literal de estas lecturas es tan santo, que prohíbe cualquier cambio en las traducciones bíblicas, aun en aquellos pasajes cuyo significado no les queda claro ni a los mismos exégetas.

No es la única manera como la jerarquía eclesiástica da a entender su persuasión de que cada frase de la Biblia es una palabra original de Dios mismo, y un tabú frente a cualquier pretensión de entrometerse en ella. Lo hace también cuando refuerza la autoridad de sus enseñanzas mediante alusiones explícitas o implícitas a palabras de la Escritura. En general un autor o autora recurre a

una alusión o cita para indicar que no está sólo en lo que afirma, sino que hay otras personas de peso y autoridad que piensan como él, y que lo que escribe no es un disparate.

Pero en los documentos eclesiásticos una nota que remita a la Biblia sirve regularmente como argumento decisivo para probar que lo que dice el documento es correcto. La autoridad divina de la Biblia sale garante por aquello.

Contradicciones ocultas

Pero si la jerarquía está realmente tan persuadida de que la Biblia es la “palabra de Dios” vivo (así debe afirmarse tras la proclamación de cada lectura en la misa), es muy extraño que durante más de 1000 años no haya vacilado en dificultar mucho el acceso a esta palabra. Lo hizo en primer lugar cuando durante siglos la entregó en una lengua que sólo una minoría de auditores podía entender. Esto quiere decir que no le parecía tan mal que los oyentes no pudieran sacar provecho del mensaje proclamado.

Aparentemente estaba persuadida de que el solo oír tales palabras sería sanador y salvador. Eso correspondería a la opinión de la jerarquía según la cual los sacramentos no pierden nada de su eficacia salvadora aun cuando se impartan a personas que no pueden darse cuenta de nada, como la unción de los enfermos a un paciente en coma o el bautismo a un recién nacido.

Además, no hay concordancia entre el hecho de que se acentúe tanto la importancia del encuentro personal con la Biblia, por una parte, y que, por otra, durante más de mil años los fieles no tuvieran ninguna posibilidad de familiarizarse con esta palabra de Dios fuera de la celebración litúrgica. Para ello se requería ser parte de la pequeña minoría capaz de leer, y de la élite aún más pequeña que sabía latín. Además, la Biblia era un objeto escaso. Cada ejemplar era una copia a mano, trabajo de mucha paciencia, para el que sólo los monjes tenían tiempo. Fuera de ello, sólo los monjes tenían en sus bibliotecas conventuales los preciados manuscritos que podían ser copiados. Eso cambió con la invención de la imprenta en el siglo XV. Desde ese momento cualquiera que supiera latín y tuviera bastante dinero podía hacerse de un ejemplar y leer la Biblia en su casa. Desde el siglo XVI no se necesitaba saber latín, porque comenzaron a salir traducciones impresas de la Biblia en lenguas que cualquiera podía entender. Como el trabajo de traducción lo emprendieron Martín Lutero y otros reformadores, la jerarquía romana consideró que estas traducciones eran un peligro para la fe de los creyentes y una traición a la palabra santa de Dios. De ahí vino el proverbio: “*traduttore, traditore*”, acusando a esos traductores de traidores y falsarios.

Pero, al prohibirse las traducciones reformadas y permitir las no reformadas sólo bajo estipulaciones muy estrictas, despertó la sospecha de que la Biblia era un libro peligroso del que más valía alejarse. Claro que sólo quería evitar que sus fieles se infectaran con pensamientos heréticos. Pero el resultado real de sus prevenciones estaba en contradicción con su profesión de fe en el valor insustituible del contacto con “la palabra del Dios vivo”. Pues debido a estas medidas, la Biblia se quedó como un libro cerrado bajo siete sellos para el católico medio. Al revés de los cristianos reformados, el católico no conoció el pensamiento bíblico ni pudo familiarizarse con la forma de hablar de sus autores, ni con el nombre de regiones, sitios y personas, ni con los de los libros de que se compone, siéndole desconocido el contexto o trasfondo histórico y cultural de lo que en ella se cuenta. Con todas estas lagunas, la mayor parte de su contenido carece para él de significado, no juega ningún papel en su diario vivir ni se interesa por ello. La lectura de la Biblia en la misa no tiene para él importancia, y es algo de lo que no espera nada, en la mayoría de los casos es un trozo obligado de la liturgia del domingo que no tiene la menor influencia en su actividad ni en su manera de pensar. Y cuando los testigos de Jehová tocan el timbre de su casa con la Biblia en la mano, se siente indefenso, perdido y les cierra la puerta en las narices en forma poco cristiana.

Pese a la traducción de la Biblia y a la ayuda que prestan los comentarios bíblicos, la lectura personal que ahora recomienda tanto la jerarquía sigue siendo una empresa delicada. Una edición normal de la Biblia tiene casi 2.700 columnas, que corresponden cada una a una página bien llena.

¿Quién se atreve a leer todo eso con devoción, o al menos atentamente? Nadie llega a leer más que extractos relativamente cortos. Hay libros bíblicos que ni siquiera los hojea nadie. Se puede decir en realidad que nadie lee la Biblia, ni siquiera los celosos promotores de su lectura personal. A lo más, se leen pasajes de la Biblia. Cabría preguntarse honradamente en qué medida los pasajes que se leen son de veras iluminadores y aportan salud y salvación –para no hablar de los que nunca se leen–.

Sin embargo, se dice que en este libro lleno de mitos, relatos, orientaciones éticas, doctrinas, proverbios y predicciones llega a expresarse el mundo omnisciente y todopoderoso del que nosotros dependemos totalmente; se dice de él que es la “palabra de Dios” dirigida a nosotros. Parece por tanto necesario examinar esta idea.

La Biblia como “Palabra de Dios”

¿Cuál es el contenido exacto de la doctrina tradicional eclesiástica de que la Biblia es palabra Dios? El Concilio Vaticano II lo formula así: “Estos libros han sido escritos bajo inspiración del Espíritu Santo y tienen a Dios como autor”. Así que todo lo que estos libros contienen ha sido inspirado por Dios a los autores humanos. Pero el Concilio se distancia al mismo tiempo de la doctrina hasta entonces vigente de que Dios les hubiera inspirado a los autores cada palabra griega o hebrea que se les ocurriera. Con este cambio de orientación, resolvió el problema de la llamada “inspiración verbal” de las traducciones, problema que consistía en lo siguiente. En la Iglesia occidental había una traducción latina del siglo III, la así llamada *Vulgata*, que oficialmente hacía las veces de Biblia. Pero las palabras latinas en que estaba escrita esa *Vulgata* no eran los vocablos hebreos o griegos directamente inspirados. La pregunta que se planteaba entonces era si el Espíritu Santo le inspiraba también al traductor estas palabras latinas. En la antigüedad, la única respuesta posible era la afirmativa, es decir, reconocerle una inspiración verbal también a la *Vulgata*.

De lo contrario no se habría escuchado nunca en el Occidente latino una palabra auténtica de Dios. Pero desde el siglo XVI en adelante se habían multiplicado las traducciones en las lenguas de los diversos países, por lo que no se podía confiar en que el Espíritu Santo estuviera al lado de cada traductor inspirándole cada palabra que saliera de su pluma. La solución dada por el Concilio consistió en dejar de sostener que cada palabra del original griego o latino era inspirada y libre de error, manteniendo la inspiración sólo de las expresiones, es decir, de las frases. En cambio el Islam sigue fiel en su idea de la inspiración verbal del Corán. Las traducciones no valen lo mismo que el original árabe. De ahí que en la mezquita el Corán deba ser leído siempre en árabe, aun cuando no haya allí nadie que entienda esa lengua.

Inspiración divina significa de hecho que las comunicaciones humanas de los autores bíblicos son comunicaciones de Dios mismo. ¿Cómo se las amaña la tradición para explicar esta unidad de lo divino y lo humano?

Lo hace mediante una doctrina dogmática que levanta tantos problemas como la inspiración misma: la de la encarnación. El Concilio de Calcedonia enseñó en el año 451 que las naturalezas humana y divina de Jesús se aúnan “sin mezcla y sin división”. De manera semejante la Escritura Santa es a la vez palabra de Dios y palabra humana. El Concilio Vaticano II habla en este contexto de una “actividad humana y divina, indivisiblemente adaptadas entre sí”, pero no explica cómo es ese vínculo que las adapta la una a la otra. La fe se empeña en entender. Algunos teólogos ocurrentes han tratado de explicarlo por medio de comparaciones. Dicen que se podría comparar al autor humano con un instrumento musical que va siendo pulsado por los dedos de Dios, o con los de un secretario que transcribe fielmente el dictado divino o con un mensajero que trae el recado de

Dios. Pero bien dice el proverbio francés: *comparaison n'est pas raison*, comparar no es demostrar, y la teología las ha rechazado como insuficientes.

La insuficiencia de explicación no es el único fallo en el que se incurre al afirmar que un libro humano equivale a una serie de palabras propias de Dios. Las muchas incorrecciones que se encuentran en la Biblia debilitan igualmente esta creencia. El Vaticano II ha abandonado la idea de la "inspiración verbal" para mantener sólo la de que Dios se comunica.

Pero también ha reconocido que la Biblia contiene errores –y ésta es una visión completamente nueva en toda la tradición– pero son errores insignificantes que nada tienen que ver con el mensaje propiamente tal.

Con todo, ¿puede Dios equivocarse aunque sea en pequeñas cosas? Se necesita una solución para este problema. Pese a estas vacilaciones, todas las Iglesias –protestantes, ortodoxa y católica–, sostienen incólumes la equivalencia entre palabra bíblica y palabra de Dios.

Advertencias críticas sobre la equivalencia entre “palabra bíblica” y “palabra de Dios”

La primera crítica que se puede levantar contra esta equivalencia es el burdo [antropomorfismo](#)¹ que encierra. Se puede decir que Dios se expresa, se da a conocer, se revela en el devenir cósmico. Es una forma de hablar que tiene sentido, aunque es una expresión humana y está por tanto lastrada de antropomorfismo. Pero decir que Dios “habla”, es dar un paso más en el camino antropomórfico. Pues hablar indica ya una restricción entre las formas con que cuenta el ser humano para expresarse.

Expresarse es un concepto más general y por tanto preferible para aplicárselo a Dios, más bien que aquel otro que implica sólo palabras, es decir, estructuras sonoras portadoras de un sentido. Para pronunciar palabras, se requiere de pulmones, laringe, cuerdas vocales, boca y lengua. Sólo las estructuras sonoras llamadas “palabras” pueden llegar a replicarse en cierta medida y a fijarse mediante signos escritos. La Biblia sería entonces tal fijación aproximada de estructuras sonoras divinas, palabras de Dios.

El antropomorfismo de tal idea supera todos los límites.

En segundo lugar: como nos lo enseña más de un texto bíblico, la palabra de Dios es creadora. Si pues la Biblia es la palabra de Dios, el contacto con ella debería producir en el lector o auditor un cambio hacia el bien. Se dijo más arriba que la jerarquía eclesiástica había sostenido que esto también valía de quienes no entendían el texto leído. Para apuntalar esta opinión, la jerarquía apelaba a lo que sucede en los sacramentos.

El bautismo limpiaría al niño de la mancha de un pecado hereditario, lo libraría de las garras de Satanás y le haría partícipe de la salvación eterna aun cuando él no entienda nada de lo que allí sucede. Sin embargo, la salvación ¿no debería ser de alguna manera experimentable? Pues ella es el equivalente, en un nivel más profundo, del bienestar corporal, y éste se puede experimentar. El contacto con la Sagrada Escritura debería conseguir una mejor manera de ser humano, lo que

¹ El **Antropomorfismo** es una figura retórica que consiste en atribuir a los dioses características humanas tanto de forma corporal como de comportamiento. El Antropomorfismo es un tipo de Personificación o Prosopopeya utilizado en el ámbito religioso. Etimológicamente, la palabra Antropomorfismo proviene del griego "anthropos" (ser humano) y "morphe" (forma). Siendo Dios un espíritu (no tiene materia) en la Biblia se le atribuyen frecuentemente cualidades humanas constituyendo así un antropomorfismo. Así, Dios aparece representado como un ser dotado de características físicas y emociones humanas:

el brazo de Dios (Job 40:9); los ojos de Dios (Deuteronomio 11:12); la boca de Dios (Deuteronomio 8:3); Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios (Mr.16:19)

Dios descansó y tomó un respiro (Éxodo 31)

Fuente: <https://www.retoricas.com/2013/07/ejemplos-de-antropomorfismo.html>

significa progresar en el bien, lo que debería percibirse de alguna manera. Igual como se hace para la salud propia, así también se debería dejar tiempo para el contacto bienhechor con la Biblia. Pero el feligrés medio no tiene mucho interés en círculos bíblicos o conversaciones y cursos en torno al tema. Es inútil seguir buscando otros signos o formas de eficacia sanadora como fruto de la lectura bíblica en las misas dominicales.

Hay todavía una tercera crítica que se puede formular como pregunta:

¿De dónde *sabe* la jerarquía que la Biblia es palabra de Dios? Apelar a la tradición es sólo diferir el problema, pues ¿de dónde lo sabe la tradición?

Por lo demás, los musulmanes pretenden lo mismo para el [Corán](#), y los [Mormones](#) para su Libro. La Iglesia rechaza tales pretensiones como inválidas. ¿Pero por qué razón? En primer lugar porque la Iglesia pretende lo mismo. Pero entonces tendríamos la palabra de uno contra palabra del otro, y no una verdad probada frente a un error probado. ¿Tiene la Iglesia razones objetivas para rechazar las pretensiones de sus adversarios?

Ella afirma que sí. El argumento contra el Libro Mormón es que el relato de **Joseph Smith** es totalmente inverosímil. Según éste, el ángel Moroni le habría dado instrucciones para excavar en un lugar, hasta encontrar un rollo dorado que contenía dicho libro. Este libro estaba escrito en una lengua misteriosa. Pero el ángel lo inició en esa lengua de tal manera que fue capaz de traducirla al inglés. Cuando la traducción estuvo lista, el rollo habría desaparecido tan misteriosamente como había aparecido.

Claro que para una mente sobria este cuento es demasiado bueno para ser verdadero. Pero quien piensa con la mentalidad premoderna, como la jerarquía eclesiástica, debería poder suponer que si "para Dios no hay nada imposible", entonces ¿por qué no podría ser verdadero este mismo relato extravagante?

Respecto al **Corán**, la jerarquía eclesiástica tiene otros argumentos:

Que Mahoma no aporta ninguna prueba para confirmar su afirmación de que él haya transcrito palabra por palabra todo lo que el ángel **Gabriel** le había dicho, y además que hay varios trozos del Corán que están simplemente copiados de la Biblia, y que Mahoma era un guerrero y un polígamo, lo que pone en duda que haya tenido una unión tan grande con Dios.

Pero, ¿no era Moisés igualmente un guerrero como lo prueba entre otros el relato de Números 31 sobre su campaña de exterminio contra los [madianitas](#)? Y David, esa otra columna del Antiguo Testamento, ¿no era aún más guerrero que Mahoma y tan polígamo como él? En cuanto a la tercera columna, [Salomón](#), modelo de la sabiduría bíblica, con sus 700 mujeres y 300 concubinas (1 Reyes 11,3), ¿no era un superpolígamo? Y sin embargo los tres son tenidos por portavoces confiables de la revelación divina.

En vez de decir que otras revelaciones son objetables, la Iglesia debería fundamentar su afirmación de que la Biblia es el depósito de mensajes divinos con auténticas palabras de Dios y no un libro con palabras humanas. ¿Pero puede hacerlo? En general, ¿es de suyo posible saber con certeza que unas palabras humanas son al mismo tiempo, o en primer término, palabras del Dios eterno? ¿Puede suponérselo confiadamente por el mero hecho de que lo afirme gente a quien uno estima fiable? Porque, ¿cómo lo sabe esa gente? Podría ser que Dios mismo se lo hubiera confirmado.

Pero, ¿dónde consta dicha confirmación? ¿En qué otra parte sino en la misma Biblia o en el Corán? Esta prueba es un claro círculo vicioso, porque se aduce como prueba lo mismo que debería ser probado. De tal manera **que no hay ninguna certeza respecto al origen divino de las palabras bíblicas: a lo más es una suposición y una esperanza.**

Sin embargo, ¿no sería sumamente importante tener certeza sobre el punto? Es grande el riesgo de construir la propia vida sobre las palabras de otras personas, aun cuando éstas vengan en libros tenidos por santos, seguro que no las hay.

Quien piensa con mentalidad moderna, aun siendo creyente, debe rechazar de entrada, o *a priori*, esta equivalencia y por tanto también la forma de pensar la inspiración que aquélla presupone. Pues se apoya en una división de la realidad en dos secciones: el mundo sobrenatural de un Dios que habla y el mundo natural de personas que escuchan. Y ésta es la negación más clara de la autonomía cósmica y humana, y por tanto, de la modernidad. Pero la modernidad aporta también otros argumentos *a posteriori*. Pues, suponiendo que sea Dios quien habla en la Biblia, ésta no podría contener ningún error ni prescribir ninguna regla de vida no ética. De lo contrario, el Dios omnisciente se estaría equivocando y el juez supremo estaría prescribiendo comportamientos impropios. Sin embargo, nadie duda de que la Biblia tiene una cantidad de inexactitudes y que a menudo aprueba comportamientos no éticos. Veámoslo primero en el Antiguo Testamento.

Errores y faltas de ética en el Antiguo Testamento

Las inexactitudes o falsedades aparecen en el Antiguo Testamento como imposibilidades, contradicciones o errores.

Entre las **imposibilidades** se cuentan, por ejemplo, la creación de los vegetales, según Génesis 1,11, anterior a la creación del Sol; o la altura del diluvio en Génesis 7,20, a saber, 15 yardas sobre el cerro más alto; o la permanencia de 600.000 hombres, con mujeres y niños, por tanto dos a tres millones de personas, durante 40 años en el desierto, según Éxodo 12,37, donde no había nada que comer ni beber; o que **Moisés**² sea el autor de los cinco libros que se le atribuyen, mientras en el Deuteronomio 34 cuenta su propia vida y funeral; o que el Sol se detenga durante 24 horas en el cenit (Josué 10,13) por orden de Josué.

Entre los **errores**: la mención de camellos en el tiempo de los patriarcas, alrededor de 1800 a.C., cuando se sabe que esos animales fueron domesticados sólo hacia 1200 a.C; que las liebres sean rumiantes (Lev 11,6); que Abraham, según Gen 21,32, negocie con Abimelec, rey de los filisteos, siendo que este pueblo aparece en Palestina sólo hacia 1200 a.C.

Entre las **contradicciones**: que Aarón muere en el monte Horeb, según Números 33,38, y en Moserá, según Deuteronomio 10,6; que el rey Jehú, según 2Re 10,30, recibe premio por haber matado a traición a todos los descendientes del rey Acab, mientras que en Oseas 1,4 es castigado por esa acción.³

Todas estas son faltas pequeñas, aceptables según el Concilio Vaticano II, porque no dañan lo esencial del mensaje. Pero este argumento no sirve desde el momento en que Dios ordena o permite o promueve actos inhumanos o injustos. Hemos hablado ya del exterminio de los madianitas por orden de Yahvé en Núm 31, un genocidio junto al cual el de Srebenica se queda pequeño. Pero hay más de lo mismo:

- En el libro de Josué caps. 10 y 11, se dice que Dios mandaba expresamente sacrificar todo lo que viviera en las ciudades conquistadas de Canaán.

² la luz de los avances en arqueología, crítica bíblica e historia, ponía en entredicho la propia existencia de Moisés o lo reducía a un nombre del pasado de Israel, acerca del cual poco podía decirse.⁸⁸

En el siglo XXI, la corriente del **minimalismo bíblico**, sobre todo las obras de Philip R. Davies, Niels Peter Lemche y el arqueólogo Israel Finkelstein, considera que todos los libros de la Biblia, especialmente la historia del Éxodo, la Conquista y los reinados de Saúl, David y Salomón, fueron compuestos en un período tardío (entre la conquista asiria y el dominio persa) sobre la base de viejas leyendas alteradas para legitimar las reformas religiosas de la época.⁸⁹

³ Israel Finkelstein, Neil Asher Silberman (2007), La Biblia desenterrada: Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados: 856 (Siglo XXI de España General) ,

- En 1Sam 15,1-3, Yahvé manda vengarse contra Amalec por algo que había sucedido 150 años antes: “Maten sin piedad a hombres y mujeres, niños y lactantes, terneros, ovejas, camellos y asnos”.

- Hacer la guerra, siempre con la ayuda o por encargo de Yahvé, es lo más natural del mundo en el Antiguo Testamento. El Corán es en buenas cuentas más pacífico que los libros narrativos de la Torá, pese a que justifica ocasionalmente la violencia.

- Apenas se puede hablar todavía de justicia, cuando se lee en Núm 15,32 que el recoger leña el día de sábado es condenado con la muerte –y ello de una manera bárbara, mediante lapidación–. La misma pena bárbara está decretada por Yahvé para una serie de “crímenes”, como comportamientos homosexuales, quiromancia, adulterio u ofensa de los padres.

- Da rabia también el comportamiento cambiante de Yahvé, quien primero incita a David a levantar el censo de la población, para luego vengarse de él por esta acción haciendo que mueran miles de este pueblo sin tener culpa de nada (2Sam 24). Pese a todo esto, **la tradición sigue afirmando que toda la Torá es palabra de Dios**, y recomienda su lectura porque nos acerca a Dios.

- Tuvo que venir la **modernidad a abrirnos los ojos sobre lo condenable de ciertos hechos y costumbres que antes eran aceptados como normales**, como la esclavitud, el genocidio, la lapidación, la pena de muerte como castigo contra la homosexualidad. ¿Quiere decir esto que Yahvé tenía en aquel tiempo un sentido ético subdesarrollado?

Como último argumento en contra de la equivalencia entre Biblia y “Palabra del Dios vivo” valga la siguiente inconsistencia de la jerarquía eclesiástica. Por un lado, ella mantiene incólume esta equivalencia, sin ningún sentido crítico, pero por otro la contradice al soslayar sin ningún reparo más de un mandato o prohibición importante de la Torá. Pues la circuncisión, el descanso del sábado, las prescripciones sobre la pureza, las leyes alimentarias, el culto sacrificial –que toma diez capítulos enteros del libro del Levítico–, están todos fuera de uso. ¿Con qué derecho, pues todo aquello es realmente palabra de Dios?

La Torá como una épica judía

Los libros narrativos de la Torá fueron tenidos un tiempo como libros de historia. Es cierto que contienen un material de interés histórico.

Pero en realidad más que historia son una épica. El contenido del Pentateuco, esto es, los cinco libros atribuidos a Moisés: **Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio**, es sólo un poco más histórico que el contenido de la Ilíada. Lo mismo se diga de los **libros de Josué, Jueces, los dos libros de Samuel y los once primeros capítulos del primer libro de los Reyes**. Es probable que Abraham, Moisés, David y Salomón hayan existido realmente. Pero lo que de ellos se cuenta es el destilado de tradiciones orales en las que juegan un papel importante la concentración épica y el gusto por la fabulación, igual que en cualquier épica de la antigüedad.

Recientes excavaciones hechas en Palestina confirman por lo demás que todo aquello tiene poco que ver con una historia contada fielmente.

Los libros narrativos del Antiguo Testamento parecen ser la obra de uno o varios autores de mediados el siglo VII a. C. que elaboraron como canto épico todo un material de cantos, mitos, relatos heroicos, leyendas, costumbres antiguas, rituales, crónicas, leyes y oraciones. Parece que la escritura llegó a Israel recién a partir de los años 900 a. C., después del reinado de Salomón, mientras que en Egipto y Mesopotamia era común en círculos bastante más amplios. Sólo después de esa época los reyes de Samaria y Jerusalén mantienen una correspondencia, mediante sus escribas, con las cortes de los pueblos vecinos. Por eso el contenido del libro primero de Reyes, desde su

capítulo 12, se refiere a crónicas reales y a otras fuentes escritas, y lo que allí se cuenta es más o menos confiable históricamente.

El argumento decisivo para fechar la redacción de la Torá hacia la mitad del siglo VII a. C. es un texto en el libro primero de los Reyes. El reino de Salomón se dividió después de su muerte en dos partes bajo el reinado de su hijo Roboam. **Diez tribus configuraron el reino del Norte, y sólo dos el más pequeño y pobre reino del Sur, el de Judá, cuya capital fue Jerusalén.** En 1 Reyes 13,1-2 se habla de un profeta de Judá que poco después del año 900 a. C. amenaza al reino del Norte con un castigo divino, porque él y su pueblo habían mancillado al país con el culto a los ídolos. Al mismo tiempo le anuncia de parte de Dios que un príncipe ideal va a surgir en el futuro desde Judá, cuyo nombre era **Josías**, quien desbancará a los ídolos en toda la región de las doce tribus de Israel y hará un poderoso Estado del territorio reunificado, tal como llegó a ser Israel en tiempos de David. Esta alusión a Josías, quien reinó en Jerusalén desde el 639 al 609 a. C. es el argumento decisivo para la datación de la Torá en el siglo VII. Ello queda claro si se lo compara con la situación siguiente. Imaginémonos que aparece un manuscrito, supuestamente del siglo XIII, que critica el mercadeo de indulgencias y predice que va a levantarse un monje alemán para terminar con el negocio de las indulgencias y con la simonía romana; nadie dudaría que este manuscrito no puede ser del siglo XIII, sino del siglo XVI.

Los autores del siglo VII tenían dos objetivos en vista al redactar su relato épico. El primero era religioso por su naturaleza misma. No se había resuelto aún en Israel cómo iba a terminar la lucha entre el culto de Yahvé y el de los dioses de la fertilidad, como Baal y Astarté. Los autores monoteístas querían contribuir a la victoria del culto de Yahvé, fieles al espíritu de los profetas y del rey Ezequías que se la habían jugado por el culto de Yahvé medio siglo antes.

La visión histórica de estos autores se caracteriza por la manera como interpretan las experiencias políticas de Israel. Éstas no son, a sus ojos las consecuencias de los conflictos entre las dos grandes potencias de entonces, Egipto y Asiria, que más tarde se iban a convertir en Babilonia, que arrinconaban al reino del Norte y al del Sur, Samaria y Judá. Lo decisivo para ellos era si Israel se había mantenido fiel a la ley de Yahvé, o no.

En sus escritos volvía siempre como un estribillo la advertencia de que a Israel le iba bien mientras honraba a Yahvé y observaba sus leyes y preceptos, y le iba mal apenas se ponía a seguir a los dioses de sus vecinos.

Esta interpretación no es muy plausible, pero lo cierto es que la fidelidad a la ley de Yahvé ha asegurado la supervivencia del pueblo judío. Ella consiguió que los judíos pensaran y vivieran distinto que sus vecinos y por ende los distinguía de ellos. Esto los guardó de hundirse sin remedio en el crisol cultural de los pueblos del Medio Oriente.

El segundo objetivo de estos autores era de naturaleza nacionalista.

Lo único que había quedado de la confederación de las doce tribus luego del ocaso del reino del Norte y la destrucción de su capital, Samaria, por los asirios en 722, fue el pequeño territorio de Judá, de escasa densidad de población, con su insignificante capital Jerusalén. Si Israel como un todo era verdaderamente el pueblo elegido de Yahvé, debería volver a ser tan poderoso y rico como en los días de David y Salomón. Tal era su mensaje.

Pero el poder de David y la riqueza de Salomón habían sido sólo sueños idealizados de los autores del siglo VII, según resulta de las investigaciones arqueológicas.

Esta convergencia de tendencias religiosas y nacionalistas debía tener como resultado dos cosas a la vez. Por una parte, que Judá siguiera fielmente las leyes de Moisés, de tal manera que Yahvé mantuviera sobre él su mano protectora; y por otra, que se acrecentara la prontitud para hacer esfuerzos bélicos conducentes a la unificación de las doce tribus bajo el cetro de Judá –aunque de veras nunca habían configurado una unidad política–. Esta forma idealizada de escribir la historia

hizo aparecer a un lejano sucesor de David, el rey Josías, como una figura mesiánica. Sería el salvador que volvería a hacer grande a Israel. Judá recibió con entusiasmo la épica de la Torá así gestada. Ella se convirtió en la constitución espiritual de Israel y el rasgo fundacional de la identidad judía, como la Ilíada debería serlo para los griegos. Por ello se volvió intocable y santa, llegando a convertirse poco a poco en el depósito literal de las promesas de Yahvé.

Este mito mesiánico sufrió un primer desmentido serio cuando el rey Josías entró en conflicto en 609 a. C. con el Faraón Nekó perdiendo allí la vida. Un segundo desmentido aún más fuerte, cuando el rey Nabucodonosor conquistó Jerusalén diez años más tarde y deportó a la mayor parte de sus habitantes hacia Babilonia, y un tercer desmentido, el definitivo, cuando el mismo Nabucodonosor, tras otros diez años, asoló completamente la ciudad en castigo por una revuelta. Durante el exilio en Babilonia revivieron los dos elementos principales del mito judío: por un lado, la necesidad de una conversión a Yahvé, pues la catástrofe fue cargada otra vez a la cuenta de factores religiosos, no políticos, esto es, a la infidelidad de Judá; y por otro lado, el tema nacionalista: que Yahvé no iba a dejar a Israel en el abandono, sino que le regalaría un nuevo futuro a su pueblo unificado, del Norte y del Sur. Fue la persuasión que abonaba principalmente el profeta Ezequiel. Basta recordar su famosa visión de los huesos secos (cap. 37) que predecía la resurrección de todo el pueblo de Israel.

Algo se cumplió de todo ello. El año 539, el rey Ciro de Persia venció a los Babilonios y conquistó su capital. Apenas un año después, permitía que los deportados judíos volvieran a Jerusalén. Es cierto que tras sesenta años casi ninguno de los deportados había visto alguna vez esa ciudad. No obstante, una parte de ellos aprovechó la oportunidad de este permiso. Es natural que fueran aquéllos en quienes más efecto había producido el mito de Jerusalén como la ciudad de Dios y cuna del pueblo elegido. Todo se concentraba en esta ciudad en torno al muy modesto nuevo templo y el sumo sacerdote. Pues ya no había más rey y estaban sujetos políticamente a los persas. La Torá fue elaborada por última vez bajo la supervisión del escriba Esdras. Más tarde nacerá la leyenda de que los rollos de la Escritura que se guardaban en el templo habían ardido en 587 durante la devastación de Jerusalén, pero que Esdras se los habría dictado durante cuarenta días a cuarenta escribanos, bajo inspiración divina y por tanto sin ninguna falta.

Las partes narrativas de la Biblia no son históricas

Lo más probable es que las secciones narrativas de la Biblia no sean históricas. Lo que se cuenta sobre Abraham, Isaac y Jacob en el libro del Génesis tiene que haber sucedido alrededor de 1800 a. C. y fue redactado sólo después de mil años de tradición oral... ¿Qué confiabilidad histórica pueden tener tales relatos? Hasta el Vaticano ha reconocido entre tanto que los once primeros capítulos del Génesis son poesía épica de naturaleza mitológica. Pero si eso es así, entonces no queda nada del Jardín del Edén ni del pecado original, como tampoco nada de la teología rabínica que Pablo ha construido sobre ello en su Carta a los Romanos, ni de lo que **Agustín** ha destilado de ese relato, como el pecado original, la necesidad absoluta del bautismo y la condenación de los niños no bautizados.

La falta de perspectiva histórica se aplica igualmente al relato bíblico de la salida de Egipto y la llegada a la tierra prometida. Estos relatos fueron transmitidos también oralmente a lo largo de varios siglos, lo que hace que el historiador desconfíe de ellos. Pero no es sólo eso, sino que hay pruebas muy fuertes de que no son históricos. La primera de ellas es la imposibilidad a la que ya hemos aludido de que dos o tres millones de personas con sus animales (véanse las cifras en Éxodo 12,37-38) se hayan podido mantener en vida durante cuarenta años en el desierto. En segundo lugar, las excavaciones de los últimos 25 años han demostrado que nada de lo que allí se cuenta coincide con

los hallazgos arqueológicos.⁴ Es cierto que en los profetas del siglo VIII, Amos y Oseas, hay vestigios de una tradición que da cuenta de un éxodo desde el Egipto y de un errar durante cuarenta años por el desierto. Pero es posible explicar esta tradición como el recuerdo de un pequeño grupo de israelitas que emigraron desde el Egipto a una tierra de Canaán que ya de mucho tiempo antes estaba poblada por israelitas. Fue al parecer una inmigración de la tribu de Leví, a la que pertenecían Moisés y Aarón. Ella habría constituido el pequeñísimo núcleo histórico de los relatos épicos que terminaron en la redacción bíblica del siglo VII.

De ahí que el éxodo desde Egipto no sea historia en el sentido moderno, sino épica creativa sobre la base de tradiciones antiquísimas. Lo mismo se diga de la reacción de Yahvé frente a la opresión de Israel, como de la salvación del pequeño Moisés desde las aguas⁵, de su experiencia ante la zarza ardiente (donde el “Yo soy el que soy” es un invento de un autor profundamente creyente que vivió seiscientos años más tarde), de su misión, de las diez plagas, del cordero pascual, del paso del Mar Rojo, del agua de la roca, del maná, de las codornices, de la proclamación de los diez mandamientos y todo el resto. Es bueno tomar conciencia de ello.

Las excavaciones han relegado también al género de la leyenda mucho de lo que se cuenta en los dos libros de Samuel sobre el primer tiempo de los reyes. Los hallazgos arqueológicos enseñan que hasta los años 900, el tiempo de David y Salomón, Jerusalén no era más que un pueblo grande fortificado y no la capital de un imponente reino⁶.

A esto se agrega que estos reyes tan destacados en la Biblia son perfectos desconocidos en los documentos de la época, pues no se encuentra ninguna alusión a sus nombres en las tabletas de cerámica babilónicas ni en el intercambio epistolar egipcio. Al parecer, David debió ser nada más que un exitoso guerrillero que se convirtió en un mito y que luego fue engrandecido algo más por los autores bíblicos del siglo VII. La promesa que Dios le hiciera de que su trono, es decir, su dinastía, iba a durar para siempre es fruto de la ilusión nacionalista de la cual los escritores bíblicos fueron a la vez creadores y víctimas.

Las consecuencias de este cambio de perspectivas amenazan sobre todo a la liturgia, y en particular, a la de Pascua. Pues ¿qué queda de la festividad pascual nocturna, si en realidad no hubo ningún éxodo como el descrito por la Biblia, ni por tanto ninguna “noche santa”, ni cordero pascual, ni sangre salvadora, ni ángel exterminador, ni cena pascual con panes ázimos, ni paso del Mar Rojo? Olvidémonos de la columna de nube de día y la de fuego por la noche, el pacto o la Alianza en el Sinaí, los 40 años de desierto, la serpiente de cobre, el maná y las codornices, el agua desde las rocas y muchas cosas más de las que echa mano el Nuevo Testamento. Sin embargo, la liturgia habla de la fiesta de Pascua como del “cumplimiento” de lo que se nos ha pronosticado de forma encubierta a través de los relatos legendarios de los libros del Éxodo y de los Números.

Según ella, podremos apropiarnos del anuncio pascual si participamos en las experiencias –de hecho imaginarias– de Israel. Por eso hace cantar en el Exsultet, la alabanza del cirio pascual: *“Porque éstas son las fiestas de Pascua, en las que se inmola el verdadero Cordero, cuya sangre consagra las puertas de los fieles. Ésta es la noche en que sacaste de Egipto a los israelitas, nuestros padres, y los hiciste pasar a pie el mar Rojo. Ésta es la noche en que la columna de fuego esclareció las tinieblas del pecado”*. Y después de esta alabanza del cirio pascual, sigue la principal de las siete lecturas de la liturgia de la palabra: la del paso del mar Rojo, la que por mandato venido de lo alto nunca puede faltar. También la fiesta judía de la Pesaj pierde su fundamento. Ha dejado de ser una

⁴ La biblia desenterrada https://es.wikipedia.org/wiki/La_Biblia_desenterrada

⁵ El relato del nacimiento de Moisés está calcado del rey de Mesopotamia Sargón I, 1000 años antes que Moisés <https://egiptologia.com/fue-mois-es-salvado-de-las-aguas/>

⁶ La biblia desenterrada https://es.wikipedia.org/wiki/La_Biblia_desenterrada

“memoria” actualizada, un memorial que traiga el pasado al presente, para no ser sino un memorial de leyendas, tan poco de recordar como la de la liberación de Isaac en la fiesta musulmana del sacrificio.

Quien conoce aquel ciclo de leyendas puede valorar todavía los relatos del éxodo en la liturgia pascual como un rico lenguaje de imágenes sobre un acontecimiento liberador decisivo en nuestra propia vida cuyo origen está en la entrega final de Jesús de Nazaret. El lenguaje de imágenes enriquece, trae colores, abre la visión. Sin embargo, hay que pasar por alto muchas de las cosas que traen tales relatos, como el dolor que las diez plagas dejaron caer sobre el proletariado rural de Egipto, o la muerte de los primogénitos de cada familia, “hasta el hijo de la esclava arrodillada junto al molinillo de mano”, o los muchos soldados jóvenes ahogados bajo las olas que inopinadamente rompieron sobre ellos.

Pero hay algo aún más problemático: que el feligrés medio está tan poco familiarizado con la Biblia que apenas si conoce algo del mito del éxodo. Las comparaciones sirven bien poco si el término de la comparación es desconocido. Y no tiene sentido emprender la laboriosa tarea de tratar de familiarizar a los feligreses con un relato de más de 2500 años para ilustrar el acontecimiento central de nuestra fe a través del desvío de lo que de ese relato se haya aprendido. Parece más razonable mostrar la riqueza de aquel acontecimiento clave de nuestra fe, llamado la “resurrección”, con la ayuda de imágenes, comparaciones y relatos modernos, o dicho en otros términos, desarrollar una nueva liturgia pascual, pese a las protestas de liturgistas con mentalidad mística. Pues el objetivo no es la liturgia misma, sino el acceso que ella pueda facilitarnos a una fe más profunda en Jesús y su Dios.

De cómo la Torá de los judíos se volvió Sagrada Escritura de los cristianos

En lo anterior no estábamos pidiéndole cuentas a la Escritura santa de los judíos. Sólo queríamos mostrar lo impracticable que es afirmar sin crítica, como se hace una y otra vez, que las palabras de ese libro son palabras del Dios Altísimo. El cristiano y creyente moderno no puede menos que rechazar tal afirmación. Es para él un asunto de honestidad.

Sin embargo, ese libro santo de los judíos sigue siendo importante para los cristianos, con tal de que se lo limpie de todo lo que supone intervenciones desde un mundo de afuera del cosmos. Con esta frase se quiere rehabilitar el Antiguo Testamento, al menos en forma provisoria y acotada, para hacerlo más detalladamente en el próximo capítulo. Antes de hacerlo, habrá que buscar respuesta a la pregunta de cómo desde el comienzo los cristianos pudieron adoptar la Escritura santa de los judíos como su propia Sagrada Escritura, o más precisamente, como depósito fidedigno del hablar de Dios.

Eso se explica sencillamente por el hecho de que la Iglesia tardía siguió por el mismo surco trazado por la Iglesia primitiva. Y ésta reconoció a la Biblia judía sin crítica alguna como su propia Sagrada Escritura, pues estaba compuesta de miembros auténticamente judíos, y por lo tanto le prestaba crédito a la leyenda según la cual el escriba Esdras, inspirado por el espíritu de Dios, había dictado a cuarenta escribanos la totalidad de los rollos de la Torá que habían sido consumidos por el fuego después del exilio en 587 a. C. Así llegaba a asentarse el convencimiento, en lento desarrollo ya antes del exilio, de que el mismo Yahvé había formulado la Torá palabra por palabra. Ya se ha explicado más arriba el origen de esta convicción como un proceso psicológico que comenzó cuando esta épica era venerada como el libro de la vida del pueblo judío. Dado que este pueblo era el elegido de Yahvé, el libro que contaba su vida fue considerado como aprobado y garantizado por Yahvé y digno de toda confianza.

Es lo que le confirió a la Torá su aureola de santidad y la hizo intocable y santa. Hubo todavía un segundo factor que contribuyó a lo mismo, y fue la autoridad de las palabras de los profetas conservadas en la Biblia.

Los profetas eran tenidos por los portavoces de Dios. En los libros donde se conservan sus palabras se lee unas 350 veces la solemne expresión “palabra del Señor”. Moisés fue también un profeta, según Deuteronomio 34,10, incluso el mayor de todos, de ahí que todo el Pentateuco, atribuido a Moisés, fuera tenido por “palabra de Yahvé”.

Cuando la Iglesia primitiva comenzó a separarse del judaísmo, no vio razón para revisar las concepciones de éste. Por ello la Sagrada Escritura judía siguió siendo para ella palabra de Dios. A ello se agregaba que la autoridad divina de la Biblia le era sumamente útil para su anuncio de que Jesús era realmente el Mesías de Dios y que la Iglesia era la prolongación verdadera de su antiguo pueblo. En su opinión, Jesús había sido anunciado ya como salvador en el Antiguo Testamento y se habían cumplido en su vida y su muerte las predicciones sobre el Mesías. Por ello se repite como un estribillo en los evangelios la frase: “para que se cumpliera la Escritura”. En el mismo espíritu presenta Lucas a Jesús (24,27) explicándoles a los de Emaús “comenzando por Moisés y todos los profetas, todo lo que se había escrito sobre él”. El Antiguo Testamento fue especialmente útil para explicar la historia de la Pasión. Pues la muerte en cruz de Jesús era el gran escándalo. Parecía contradecir groseramente el anuncio según el cual él era el Mesías de Dios y su hijo amado. Pues un crucificado era tenido de todo punto de vista por un maldito y rechazado. Pero se podía apelar, por ejemplo, al cuarto canto del Servidor sufriente de Isaías 53, o al Salmo 22, en el cual triunfaba quien había sido aparentemente abandonado por Dios. Parece ser que los evangelistas llegaron hasta manipular de alguna manera la historia de la pasión para adaptar los hechos a tales predicciones y que agregaron detalles que debían hacer más claras aún las coincidencias.

Más tarde se interpretaron aún muchos otros textos en este sentido. Así lo hicieron los Padres de la Iglesia y la liturgia. Esta interpretación no plantea ningún problema a quien parte del supuesto tradicional de que el Espíritu Santo le ha entregado sus palabras e imágenes a los autores bíblicos con el fin de que los predicadores los usen como argumentos en el anuncio cristiano. Pero quien lee la Torá como una épica del pueblo judío, siente que la lectura cristiana interpone sus propias construcciones.

Pues se ha vuelto hoy meridianamente claro algo que los lectores premodernos no pudieron aceptar: que los vínculos entre el Antiguo y el Nuevo Testamento son a menudo ficticios. Piénsese en el famoso texto de Isaías 7,14, que dice: “La doncella (en el original es: la joven mujer) va a concebir y dar a luz un hijo”. Este texto es la predicción que le debe servir de señal al rey Ajaz. El profeta le anuncia al rey una señal que éste podrá ver con sus propios ojos. Entonces, no puede tratarse de algo que va a suceder recién 800 años más tarde. Interpretarlo así sería sacar al texto de su contexto y darle un significado totalmente distinto al que tenía a los ojos (humanos) del autor. Eso no es honesto.

La idea de “cumplimiento” supone que las palabras de la Torá son a veces “predicciones”. Sólo a veces, pues su contenido se presta apenas rara vez para una interpretación cristiana. Los autores de la Torá tenían preocupaciones bien distintas de aquello que iba a suceder algún día con Jesús. Para una forma tradicional de ver las cosas, esto no es ningún problema, porque lo que ellos querían decir es completamente secundario: el verdadero contenido de sus palabras es lo que Dios quiere transmitir por ellas. Pero entonces, ¿cómo se puede saber que en determinadas palabras del autor bíblico se encuentra escondido un mensaje completamente distinto del que él mismo está pensando decir, y que de esta manera él se ha convertido por un momento en un muñeco del ventrílocuo divino? ¿El criterio es que la predicción se cumpla? Pero a este cumplimiento bien se le puede llamar coincidencia casual o consecuencia de situaciones que se parecen. O incluso, sólo imaginación literaria, como en 1Cor 10,1-4, donde Pablo interpreta la ingesta de maná o el beber del agua brotada de la roca como si fueran las imágenes previas o adelantadas del bautismo y la eucaristía. Se puede sacar algún provecho de esta forma creativa de interpretar. Pero el autor del libro del Éxodo no tenía

ninguna intención de enseñarnos de antemano algo sobre los sacramentos cristianos. Por otra parte, la posibilidad de encontrar coincidencias en el Nuevo Testamento no se limita a textos del Antiguo. ¿Se puede decir que cuando Platón en el segundo libro de su *Politeia* (*República*) habla del justo que va a ser torturado y **crucificado**⁷ lo hace por inspiración del Espíritu Santo para predecir así la muerte de Jesús en la cruz, aún sin saberlo? Lo que hace Platón es sencillamente formular su idea sobre el posible destino de un justo en un mundo injusto. Y eso es lo que fue también Jesús.

De aquí se desarrolló en la Iglesia la idea de un *sensus plenior* o “sentido más pleno” o completo. Esta idea implica que un sentido más profundo ha quedado oculto en un texto, una especie de Escritura secreta de Dios que puede ser leída gracias a una iluminación del Espíritu Santo que se recibe al rumiar esas palabras de Dios con la suficiente aplicación y devoción. Muchos autores cristianos de los comienzos, como Orígenes y Agustín, han sido extraordinariamente inventivos en este sentido. Hay que admitir que el *sensus plenior* que así han conseguido es a menudo gratificante y enriquecedor. Pero está allí siempre al acecho el peligro de que el mensaje que el autor bíblico ha querido emitir se pierda en una nebulosa, quedando sólo lo que alguien extrae como sentido oculto gracias a una supuesta revelación del Espíritu Santo, cuando en realidad sólo es una construcción interpuesta y extraña al texto mismo.

De la Biblia judía al Nuevo Testamento cristiano

Corriendo el tiempo, los cristianos comenzaron a mirar sus propios textos como inspirados. Se lo puede explicar quizás de la siguiente manera.

Estos textos reproducían el mensaje cristiano que procedía en primero y último término de Jesús. En ellos se escuchaba directa o indirectamente la voz de los apóstoles, quienes a su vez habían escuchado y visto a Jesús y por ello daban un testimonio de primera mano sobre él. Pablo se había colado entre los apóstoles por una puerta trasera. Como Jesús había hablado y actuado en nombre de Dios e inspirado por él, los escritos que contenían su mensaje tenían la validez de textos inspirados por Dios y fueron considerados palabras de Dios. Pasar de “inspiración divina” a “palabra divina” es fácil. Si un autor no estaba entre los apóstoles, como era el caso las más de las veces, por lo menos era alguien que, según se pensaba, había escuchado a un apóstol, directamente o por medio de otros. De ahí viene probablemente la enseñanza tradicional de que con la muerte del último apóstol se clausuró la “revelación”, entendiendo por tal la totalidad de las Escrituras que se tienen por inspiradas. En realidad, la mayoría de los autores del Nuevo Testamento no conocieron el mensaje de Jesús ni siquiera de segunda, sino de tercera o cuarta mano. La opinión errónea de que los autores bíblicos eran apóstoles o al menos, como Marcos y Lucas, debían a un apóstol su familiaridad con la persona y el mensaje de Jesús, explica por ejemplo que la carta de Clemente, de los años 90, más antigua que el evangelio de Juan, no pertenezca a la Sagrada Escritura, pues no tiene como autor a un apóstol o discípulo de un apóstol, mientras que la segunda Carta de Pedro sí pertenece a ella, a pesar de que fue escrita en el siglo II y por tanto no puede ser de Pedro. Pasó por carta suya sólo debido a la ficción literaria del versículo introductorio. Probablemente no se imaginaban los autores que sus palabras humanas iban a ser elevadas a la categoría de palabras del Dios omnipotente. Habrían tiritado, del susto.

⁷ En una traducción castellana del diálogo *Politeia* (*República*), II, v, se lee: “el justo será flagelado, torturado, encarcelado, le quemarán los ojos, y tras de haber padecido toda clase de males, será al fin empalado”. www.laeditorialvirtual.com.ar/pages/Platon/LaRepublica_02.html. La edición Aguilar (Buenos Aires, 1993) traduce esta última palabra, igual que Lenaers, como “crucificado”. Ambas traducciones son equivalentes, pues la palabra griega para empalar es *stauroo*, la misma que usan los evangelios para describir la crucifixión. Crucificar es “colgar de un madero”, cualquiera sea su forma. (N. del T.).

En el siglo IV una serie de tales escritos que habían sido guardados con mucha devoción pasaron a constituir un conjunto de libros inspirados y son desde entonces los llamados *libros canónicos* de la Biblia. *Canon* significa regla, a la que hay que atenerse, lista que no se debe modificar.

No es claro por qué el canon de la Biblia abarca precisamente esos libros, o en otras palabras, por qué éstos y no otros debían ser tenidos por palabras de Dios. Cuando los libros eran cartas, la idea del que su autor había sido un apóstol jugaba un papel decisivo. En cuanto a los otros libros y sobre todo respecto a los Evangelios, su difusión primera y su lectura frecuente en el seno de las comunidades fueron los filtros que los hicieron entrar en el canon. En cambio, los numerosos evangelios apócrifos fueron eliminados del canon porque su tendencia y su espíritu no concordaban con los cuatro canónicos que ya habían sido aceptados.

Aunque el Nuevo Testamento se mueve en el mismo mundo mental e imaginativo premoderno que el Antiguo y está lleno de recuerdos de la Torá, sin embargo no lo podemos considerar igual. Con el apoyo de algunos determinados pasajes de la Torá o del Corán se puede justificar sin más comportamientos inmorales, violencia y crueldad. Esto vale también ciertamente para los diez libros narrativos del Antiguo Testamento. Y hasta en los salmos se hallan versos por aquí y por allá que dan testimonio lamentable de impulsos de venganza y falta absoluta de piedad, tales como el final del salmo 149, utilizado por Oliver Cromwell para matar a sus enemigos realistas y a los católicos irlandeses. O el conocido salmo 2, que el Nuevo Testamento adjudica a Jesús, según el cual el Ungido de Dios va a regir con “puño de hierro”, y si es necesario va a romper “como vasos de arcilla” a sus enemigos. Para no hablar de varios de los muchos salmos de maldición. No se necesita hoy probar que también el Corán puede ser utilizado para la violencia y la crueldad. Pero no se puede utilizar así el Nuevo Testamento.

Tampoco el Nuevo Testamento es palabra de Dios sin más

La afirmación que va en este epígrafe es clara y aceptable para un creyente de la modernidad que no cree ya en un recorrido de vaivén entre el cielo y la tierra. Sin embargo, también se pueden aducir pruebas que lo confirmen. Porque igual que la Torá, también el Nuevo Testamento contiene contradicciones, imposibilidades e improbabilidades y hasta expresiones que hay que rechazar por razones éticas.

Entre las contradicciones cabe mencionar, por ejemplo, que la huida de Belén a Egipto (Mt 2,14) no concuerda con la vuelta desde Jerusalén a Nazaret (Lc 2,39); o que los dos árboles genealógicos de Mateo 1 y el de Lc 3 son dispares; o que las apariciones del Jesús resucitado en Lc (Evangelio y Hechos de los Apóstoles) suceden en Jerusalén, y en Marcos y Mateo, únicamente en Galilea; o que la ascensión de Jesús en Lucas tiene lugar el mismo día de Pascua, mientras que en los Hechos de los Apóstoles, ocurre 40 días después; o que en Romanos 5,17 se atribuye la “culpa” a Adán, mientras que en 1Tim 2,14, Eva es la culpable.

Imposibilidades hay muchas, al menos desde el punto de vista de quien tiene una mentalidad científica, como la de una concepción virginal sin espermatozoides, la de una estrella que señala un camino, y varios otros elementos mitológicos de los evangelios de la infancia, o milagros de la naturaleza como la multiplicación de los panes o el andar sobre las aguas o la resurrección de un muerto en proceso de descomposición.

Entre las inverosimilitudes hay que contar la caótica trashumancia que habrían puesto por obra los romanos, gente por lo demás tan práctica, con el fin de llevar a cabo un censo poblacional al servicio de la recolección de impuestos. Es la forma como Lucas intenta hacer plausible que Jesús haya nacido en Belén. También los diálogos de Jesús con Nicodemo y con la samaritana (en la ausencia de los discípulos), o los dos largos discursos de despedida de Jesús en la última cena, que abarcan cuatro capítulos, por supuesto no estenografiados, y sin embargo escritos 60 más tarde por el cuarto evangelista, discursos inventados por este último.

Por último, el latente antijudaísmo de Juan o los enjuiciamientos globales contra los fariseos y los escribas son “éticamente” reprochables.

Todo esto y mucho más queda en la sombra como con secuencia de la afirmación general de que la Biblia, y también el Nuevo Testamento, son la “palabra del Dios vivo”. Es sorprendente que personas altamente desarrolladas pierdan su sentido crítico apenas se les objeta algo insostenible y apelan entonces a una autoridad celestial. Tratan de resguardar, a menudo muy agudamente, comunicaciones supuestamente celestiales, en lugar de preguntarse cómo es que éstas puedan tener todavía sentido y caber en el mundo en que estamos hoy viviendo. Se entiende la ira de ateos luchadores, como Dawkins, Hitchens o Harris, frente a semejante capitulación de la razón humana. A ello se agrega todavía que la misma Iglesia tradicional trata varias de esas así llamadas “palabras de Dios” como palabras humanas que no hay que tomar tan en serio. Esto se refiere no sólo a la mayor parte de las prescripciones vétero-testamentarias, incluso las más importantes, sino también a varias del Nuevo Testamento, como la prohibición de Jesús respecto al juramento (a menudo la jerarquía eclesiástica exige jurar como un medio para luego a obtener obediencia), o su repetida advertencia a cuidarse de la riqueza, o a no ofrecer resistencia a la injusticia, o también los preceptos atribuidos a Pablo (aunque tal vez su autoría le haya sido tardíamente adjudicada, ver 1Cor 11) sobre el velo de las mujeres en las asambleas de fieles. ¿Por qué estas palabras serían nada más que humanas?

La duda formulada y justificada más arriba sobre la fuerza salvadora que emanaría de la lectura o de la proclamación del Antiguo Testamento, vale también para la del Nuevo. Por ejemplo, la mayoría de los textos de Pablo que se leen en las misas dominicales no les significan a los fieles absolutamente nada. Las soportan con paciencia porque pertenecen a la liturgia y las dejan volar tranquilamente por encima de sus cabezas. Lo mismo se diga de los textos de los Evangelios que se refieren a enseñanzas de Jesús. En todo caso, leer u oír la Biblia no es algo incondicionalmente necesario para vivir como creyente. Muchas de las personas que rezan regularmente el rosario ni siquiera poseen un Nuevo Testamento o, si lo tienen, no lo abren nunca. La devota Edad Media, un período que abarca varios siglos, no conocía del Nuevo Testamento poco más que los evangelios de la infancia y de la pasión, porque éstos eran los que saltaban más a la vista en la así llamada “Biblia de los pobres”. Durante más de mil años se pensaba al parecer que el resto era inútil para la fe...

Resumiendo, se puede decir que tampoco el Nuevo Testamento es palabra de Dios bajada del cielo. Para una fe moderna, esto está claro de antemano, pues una tal equivalencia divide la realidad en dos mundos separados, quita su autonomía al mundo real y entrega a la gente al poder de aquéllos que pretenden ser plenipotenciarios del Dios Altísimo y así disponen de los demás. Los libros santos pertenecen esencialmente al pensamiento religioso y a la religión. La modernidad se ha despedido de ésta. Con todo derecho, como se lo explicará todavía más adelante.

Por ello, también el Nuevo Testamento es palabra humana. Martín Lutero, quien pese a todo era un premoderno hombre piadoso, embebido en la cultura de la tardía edad media y por tanto premoderno, no se había dado cuenta de ello todavía. Por ello construyó toda su vida sobre una palabra de Pablo en el capítulo 3 de la Carta a los Romanos: que sólo la fe salva.

(Pero, ¿qué era lo que Pablo entendía con esta palabra?). Y ello, sin las “obras”. Esto fue para él una palabra infalible de Dios, y por tanto una verdad divina, aunque Santiago dice en su Carta –y también esto es verdad divina– que la fe (pero ¿qué entendía Santiago con esta palabra?) sin obras está muerta (2,14). Esta relativización de las palabras neotestamentarias vale también por supuesto para la frase del cuarto evangelio: “Y la Palabra era Dios”, traducción por lo demás bastante equívoca del original griego que bien traducido es: “Y divino era el Logos”. Pero, ¿cómo podría saber el evangelista

lo que él dice sobre un logos que le pertenece a Dios? Y sin embargo esta palabra humana del comienzo del siglo II se convirtió en la piedra fundamental del Credo de Nicea y de la doctrina cristiana y sigue siéndolo hasta el día de hoy.